

A propósito de "El doctor Sangredo y su discípulo Gil Blas"

MANUEL GARCIA DE CASTRO

MADRID.

EN el número 363 de *MEDICAMENTA*, correspondiente al día 15 de enero de 1961, el profesor doctor don LUIS S. GRANJEL, de Salamanca, publicó un delicioso trabajo titulado «El doctor Sangredo y su discípulo Gil Blas». Aprovecho esta oportunidad para felicitarle por dicho trabajo, que me parece perfecto, aunque no estoy conforme en una de sus partes, precisamente la última, que dice así:

«Desde entonces nada volvemos a saber del doctor Sangredo. Le Sage olvida su criatura; no vuelve a transitar aquel ilustre galeno vallisoletano por las páginas del libro..., etc.» Esto no es así, pues se habla de él, y bastante extensamente por cierto, en la segunda parte, libro décimo, capítulo primero, que se subtítulo así: «Partida de Gil Blas para Asturias, y lo que le sucedió al pasar por Valladolid». Pero antes de comentar tales sucesos, conviene que nos situemos en el tiempo y en el espacio de la obra. Veamos.

Después de muchas y divertidas vicisitudes, llega para Gil Blas una época de gran bienestar económico; le nombra secretario suyo el valido del rey y le autoriza para interceder en favor de quien solicite su influencia para obtener empleos y mercedes en la corte. Y en virtud de esta licencia, «di hábitos de caballeros, transformé algunos buenos plebeyos en malos hidalgos con famosos títulos de hidalguía», etcétera, etc. Y por tener alguna relación con la profesión médica, transcribo otro «favor» que hizo a un empírico, «quien solicita un privilegio para vender sus medicamentos por espacio de diez años en todas las ciudades de la Monarquía de España, con exclusión de cualesquiera otros, es decir, que se prohíba a las personas de su profesión establecerse en los lugares donde esté. Por vía de agradecimiento dará doscientos doblones al que le saque el privilegio. Yo dije al charlatán, tomando el aspecto de un protector: Id, amigo mío; vuestra solicitud corre de mi cuenta. En efecto, pocos días después le saqué un privilegio que le permitía engañar al pueblo exclusivamente en todos los reinos de España».

Por este procedimiento alcanzó a reunir treinta mil ducados en poco tiempo, y viéndose en disposición de reunir diez veces más, le acometió el vértigo de la riqueza, y dice: «Isócrates llama con razón a la destemplanza y la locura compañeras inseparables de los ricos.» Llegó al extremo de despedir a un su paisano, que de paso en la corte tuvo ocasión de verle en la opulencia y le afeó el hecho de que no se acordara de socorrer la necesidad en que sus padres se encontraban en Asturias. «La codicia y la ambición de que estaba poseído mudaron del todo mi humor. Perdí toda mi alegría y andaba siempre distraído y pensativo; en una palabra: hecho un insensato.»

Pero cierto asunto feo dió por tierra con tan hermosa situación, y con nuestro héroe en el Alcázar de Segovia. La larga permanencia en la prisión y una enfermedad que le aquejó en ella, al verse abandonado de quien le protegía, puso en peligro su vida. El alcaide de la torre hizo comparecer a dos médicos para que le atendiesen. «Era tal la oposición que tenía yo a estos doctores que seguramente los habría recibido muy mal si me hubiera quedado algún apego a la vida; pero me sentía tan cansado de ella, que agradecí a Tordesillas (el alcaide) el que me pusiera en sus manos.»

Siempre que tiene ocasión para ello, Gil Blas pone de chupa de dómine a los médicos, a pesar de haberse contado entre los miembros del gremio, en la época en que fué discípulo y sustituto del doctor Sangredo. Y sigue diciendo: «En efecto, estos señores se portaron tan maravillosamente, que a ojos vistas me iban llevando a la sepultura.» «Habiéndome desahuciado mis doctores y dejado campo libre a la naturaleza, ésta fué la que me sacó del peligro.»

Curado Gil Blas y conseguida la libertad a condición de no poner los pies en la corte, y recuperada la cordura, decide establecerse en el campo, en alguna granja o casa de labor con lo que pudiera quedarle de los doblones ganados en la buena época. Pero antes quiso ir a Asturias a ver a sus padres y llevarlos consigo al lugar de su plácido retiro, dolido de no haber hecho antes nada por ellos.

Y aquí reanudo el relato de lo que aconteció a Gil Blas a su paso por Valladolid.

«... salimos de Madrid en una calesa tirada de dos arrogantes mulas, guiadas por un mozo inteligente que tomé por criado, agregándole a nuestra familia. Dormimos el primer día en Las Rozas, al pie de Guadarrama; el segundo, en Segovia, donde, sin detenerme a visitar al generoso alcaide Tordesillas, proseguí mi camino a Valladolid. Al descubrir esta ciudad no pude menos de dar un profundísimo suspiro. Observólo mi compañero, y preguntóme la causa. "Acuérdome, hijo, le respondo, de que en Valladolid ejercí la Medicina, y en este mismo punto me están atormentando los remordimientos de mi conciencia, pues temo que vengan a hacerme pedazos todos aquellos a quienes mi temeridad y mi ignorancia echaron a la sepultura. ¿Y eso le da a vmd. cuidado?, replicó mi secretario. Sin duda, señor Gil Blas, que es vmd. un pobre hombre. ¿Pues no está vmd. viendo por ahí tantos doctores ancianos y reverendos que han hecho lo mismo? ¿Y piensa vmd. que por eso sienten los mismos remordimientos? No, señor; se pasean muy serenos y tranquilos, atribuyendo a la violencia del mal los accidentes funestos, y dándose

a sí propios la enhorabuena de los afortunados y felices.»

«De ese carácter, repuse yo, era el doctor Sangredo, cuyo método seguí con la mayor fidelidad. Aunque viese morir cada día veinte enfermos en sus manos, vivía tan persuadido de la excelencia de sus dos específicos universales para todo género de enfermedades; conviene a saber: las sangrias del brazo y el uso del agua, que, si morían los pacientes, lo achacaban siempre a haber bebido poco y a que no los habían sangrado bastante. ¡Vive Dios!, exclamó Excipión, dando una tremenda carcajada, que me ha citado vmd. un hombre original. Si tienes curiosidad de verle, repuse yo, mañana la podrás satisfacer, como no haya muerto y esté en Valladolid, lo que dudo mucho, pues ya era viejo cuando le dejé, y desde entonces acá se han pasado bastantes años.»

«Lo primero que hicimos, así que nos apeamos en un mesón, fué preguntar por el tal doctor. Supimos que aún vivía, pero que ya no visitaba por motivo de su gran vejez, y que le habían sucedido otros tres o cuatro doctores, los cuales lograban de gran fama por inventores de otro nuevo método de curar, tan perjudicial, por lo menos, como el de aquél. Resolvimos hacer parada el día siguiente para que descansaran las mulas, y también ver al doctor Sangredo. Dicho día, a las diez de la mañana, fuimos a su casa, y le hallamos sentado en una silla poltrona con un libro en la mano. Levantóse luego que nos vió, vino a nosotros con paso muy firme para un setentón y nos preguntó qué le queríamos y en qué podía servirnos. Pues qué, señor doctor, le respondí, ¿es posible que ya no me conozca vmd. siendo así que tuve la fortuna de haber sido su discípulo?»

Pregúntale el doctor si sigue ejerciendo la Medicina, y habiéndole replicado que no, dícele: «Peor para ti; con los principios que aprendiste de mí, a esta hora hubieras llegado a ser un habilísimo médico, con tal que te hubieras preservado del peligroso amor a los remedios químicos.» Y de aquí tomo pie

para arremeter contra las novedades que se habían introducido en la Medicina «de unos años a esta parte», y contra los médicos desertores de la escuela de Paracelso adoradores del antimonio y del «kermes» y que incluso se atrevían a practicar la sangría del pie a diestro y siniestro cuando antes era tan raramente practicada. «Los purgantes antiguamente suaves y benignos, se han convertido en emético y kermes.» Y continuó denostando a los que rompían los diques y pasado los límites que sabiamente nos señalaron nuestros primeros maestros.»

Como se ve, continuaba el buen Sangredo fiel a su sistema. Solamente que «... entró en el cuarto una criada vieja que le traía en una bandeja un vaso y dos garrafitas llenas, una de agua y otra de vino, juntamente con un panecillo tierno.» Como se sirviese vino, Gil Blas exclamó: «A fe, señor doctor, que le he cogido a vmd. en el garlito. ¡Vmd. beber vino! ¡Vmd. enemigo tan acérrimo de él...!» No puede servirle de excusa su avanzada edad, pues en una parte de sus escritos define la vejez, diciendo: «Que es una tisis natural que poco a poco nos va desecando y consumiéndolo; por señas que en fuerza de esta definición hace vmd. graciosa burla de los que llaman al vino la leche de los viejos.» Se defendió Sangredo, alegando que, como veía, no tomaba el vino puro, sino aguado.

Como le viese Gil Blas confuso y con escasos y débiles argumentos para justificar su apostasía, se apresuró a despedirse de él, no sin antes alentarle a mantenerse firme contra los nuevos médicos y en desacreditar el «kermes» y la sangría del pie.

Y aquí sí que se acaba el doctor Sangredo en la historia de Le Sage. Ya he consignado brevemente, por no alargar estas líneas, algunos ejemplos de la enemiga que dicho autor, por boca de Gil Blas, profesaba a los médicos; toda su obra está llena de bur-las, ya ingeniosas, ya sangrientas, contra los discípulos de Esculapio.